

LOS FÁDER, UNA HISTORIA INCREIBLE

Por María Laura Palomba

En aquel año de 1883, bajo el gobierno del presidente Roca, un encuentro habría de signar nuestra historia provincial: el de Carlos Fáder, alemán, dueño de un astillero en la Boca y Emilio Civit, joven político de Mendoza y uno de sus más grandes gobernantes después.

La existencia de Fáder había sido, hasta allí, la de un luchador nato. Tras duras etapas de esfuerzo en Europa, logrado el dominio de varios idiomas y un título de ingeniero naval en Italia, una compañía naviera lo trajo a Buenos Aires como técnico. Jefe de tracción después en el Ferrocarril Oeste y, al poco tiempo, por propia decisión, empresario, fundó, junto a su socio argentino, Enrique Peña, su taller de la Boca, y junto a Celia Boneval, de origen francés y noble, su familia de seis hijos que, con el tiempo, tanto iba a gravitar en los destinos de Mendoza.

Una primera muestra de petróleo y el afán visionario de Civit marcarían el camino. Tras las gestiones de Fáder en Alemania, ese petróleo, de Cacheuta, sería reconocido como de la mejor calidad.

A partir de allí, todo marchó. La venta del astillero y el taller metalúrgico de la Boca, la llegada de Fáder y Peña a Mendoza, en el segundo tren que arribara a nuestra ciudad, y, en 1885, la creación de la Compañía Mendocina de Petróleo, hecho de avanzada en la historia minera de Sudamérica.

Un directorio entusiasta, presidido por Guillermo Villanueva, funcionario de Ferrocarriles Argentinos, decide pronto el viaje de Fáder a Alemania para la compra de todos los elementos necesarios para la explotación.

Y al año siguiente, sobre el faldeo sur del Cerro Cacheuta, cerca de la margen izquierda del río de las Minas, se inician los trabajos de perforación, con cuatro pozos que muy pronto se multiplicarían.

Vendría después el primer depósito en Godoy Cruz (San Vicente entonces) junto a las vías del ferrocarril,



la adquisición de la usina de gas y, cuatro años más tarde, el primer oleoducto de Sudamérica, con treinta y cuatro kilómetros de cañerías, incluido el paso del río Mendoza. La obra se inaugura en mayo de 1890, tras un mes de espera para que llegara el



combustible a San Vicente.

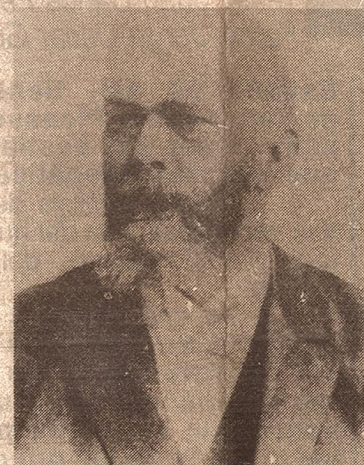
Fáder propone invertir el capital y el petróleo restantes en una destilería de kerosén, lubricantes y parafina. Pero la Compañía Mendocina realiza, por decisión de sus accionistas, un mal negocio: vende a los ingleses del Ferrocarril Oeste su petróleo crudo (pequeñas partidas que no compensarían gastos). A raíz de esto se queda sin recursos. Y al poco tiempo ya no puede continuar sus trabajos.

Fáder, entristecido, renuncia a la sociedad. Pero conserva las instalaciones de la usina de gas, que él mismo ha ido montando con recursos propios. Eso significaría para Mendoza otro adelanto: su alumbrado a gas en lugar de kerosén. Y una nueva empresa para su progreso: la Compañía Mendocina de Gas, formada primero por Fáder, sus amigos Emilio y Francisco Civit y el ingeniero White. Después, sólo por Fáder y el apoyo de sus hijos.

Era aquella la época en que el ciclo vital de Fáder comenzaba a declinar hacia su fin. Mas su férrea voluntad estaba viva y dando todavía a Mendoza otra de sus ciclópicas obras: la usina hidroeléctrica. Concedido por ley el uso del río Mendoza y luego su aprovechamiento indus-



trial, había logrado construir un canal en la misma roca tras poderosas explosiones de dinamita. Las aguas se desviaron y entraron en el cauce construido. Mas la empresa no pudo proseguir a causa de la ineficiencia de algunos operarios.



Al llegar 1905, durante los días en que la provincia, politizada y violenta se destruía internamente, se apagaba la existencia de Carlos Fáder. Pero, la estirpe de su genio iba a continuar su obra. Mendoza seguiría iluminando sus calles con gas, pese al encarecimiento de la leña y al fracaso de un acuerdo con el ferrocarril que la transportaba: la compra de un campo en Nacuñán, la pericia de los Fáder y su indomable decisión, consiguieron una provisión barata y constante para la usina, ubicada entonces en la actual esquina de Buenos Aires y Guzaingó.

Por su parte, Fernando Fáder, el arte nacional que iba a tomar por su cuenta la usina hidroeléctrica. Las explosiones subieron el nivel del río sobre

la represa, se instalaron la turbina y el dinamo, se afrontó el grave problema del ferrocarril que se negara al traslado de los materiales, asumiéndose la valiente decisión de hacerlo a lomo de mula.

...Y la luz se hizo sobre aquel campamento de Cacheuta, donde una población obrera pudo hacer brillar, allá por 1910, la noche andina, desde sus casitas y galpones, calefaccionados también a electricidad.

Todo el patrimonio de los Fáder había sido puesto en las empresas: el producto de los campos de Nacuñán, el dinero de cada uno de los hermanos, el de Adela Guñazú, esposa de Fernando, el producto de los préstamos bancarios. Todo. Mas su obra no tuvo más recursos que los propios. Nada había entrado del extranjero.

Pero en 1913, la situación económica se les hizo insostenible. Sólo faltaba el tendido de la línea de alta tensión para llevar luz y energía a la ciudad, y no había más dinero. La banca nacional no había respondido.

Fernando debió trasladarse a Europa para procurar fondos...Y un día aciago, el 4 de febrero de 1913, estando en Londres, se enteró de que la usina hidroeléctrica había sido destruida por un aluvión de la cordillera.

Extraño destino de infortunio tuvo la gigantesca obra de los Fáder. La usina de gas de la ciudad también cesó de funcionar al poco tiempo.

A partir de allí, los embargos y remates, y, sobre todo, las maniobras de un abogado, apoderado de la familia, fueron reduciendo a la nada su patrimonio, su labor y su esfuerzo.

Por extraña coincidencia, Fernando Fáder obtiene en 1914 el primer premio del Salón Nacional de Bellas Artes con su cuadro "Las manilas" y debe renunciar a él, debido al embargo que el abogado perseguidor tenía trabado sobre sus obras.

La labor de una gran familia, por un designio inexplicable, fue borrándose en el tiempo o diluyéndose en trasposos sin beneficio real para sus creadores.

Limitados a su decorosa modestia, los Fáder, uno a uno, fueron también desapareciendo. Fernando, el único que ha prevalecido a través de una constante admiración estética, murió en Loza Corral en 1935. De don Carlos Fáder, sólo el legado personal del Club Alemán, que él fundara, es lo que conserva Mendoza, quien aún debe el premio de un reconocimiento público y valedero a esta gran familia de hacedores de progreso.

